COMO DRAGÓN ECHANDO HUMO

A las seis de la mañana del siete de enero de 1947, inicié junto con mis abuelos Mamita y Papito, mi mami Atalita, y mi tío Chusín, una aventura que nos permitió llegar a la ciudad de México, para conocer lo más representativo de la capital de la República Mexicana.

Nuestro vehículo era una vagoneta ranchera que tenía aplicaciones de madera a los lados.

---Allí vienen los diez millones de pesos de Hernán Pedrero --- dijo don Adolfo Román, nuestro conductor, señalando el avión que pasó arriba.

---¿Cómo lo sabes compadre?---quiso saber Papito.

---Anoche en la XEW lo dijeron---explicó.

Ese detalle me sirvió de guía para fijar la fecha del inicio de nuestro azaroso viaje.

Recuerdo los saltos, curvas, subidas, bajadas y mucho polvo, y que desayunamos una carne salada con frijoles de la olla y café en Ixtapa, según decían, íbamos por por la carretera antigua . De ahí, al rato, entramos a la zona caliente y llegó el momento de quitarnos los suéteres que de inmediato nos amarramos a la cintura. No me impresionó mucho Chiapa de Corzo, como me pasó al llegar al arco de concreto, con sus grandes cables de acero sosteniendo la estructura de madera del puente colgante, gracias al cual podríamos cruzar por arriba, el impetuoso río Grijalva, ubicado 22 metros abajo.

Esperamos unos veinte minutos, para que cruzaran hacia nosotros un coche y un autobús, y los pasajeros de ambos vehículos pasaron caminando, escuchándose el rítmico bamboleo rechinante que producían al avanzar. Sentí un escalofrío que bajó de mi pecho hasta las pantorrillas y culminó con una sensacion de temblorina. Detalle que aún en estos tiempos me sigue sucediendo cuando veo todo lo que signifique altura

---Tu nieto va conmigo compadre Chus ----dijo don Adolfo y agradecí mentalmente su gesto ---no me gustaría que se nos fuera a caer.

Entramos al puente y los ruidos de las llantas sobre los tablones se mezclaban con el sonido que hacía juego con ese puente que se mecía semejando una gigantesca hamaca en pleno movimiento. Y conforme nos adentrábamos hacia la mitad, todo iba en aumento. Cerré los ojos para ver si se calmaba algo, y sucedió lo contrario pues todo se intensificó.

---Respira lento y profundo, Jorgito ---la voz de don Adolfo la escuché como si estuviera dentro de un cántaro ---eso es, cuenta del uno al cinco y detienes el aire, contando del uno al cinco y vuelves a empezar. Me fui relajando conforme respiraba y desaparecieron de manera progresiva los sonidos, y el movimiento fue amainando paso a paso. Mi agonía tuvo fin cuando pisamos tierra firme y todos se subieron al vehículo.

---¿Cómo te fue con mi nieto, compadre?--- cuestionó Mamita.

---Muy valiente, el chamaco. Los felicito Atalita y queridos compadres. No profirió ni una sola palabra.

¡Si supieran que el miedo me acogotó tanto que no podía respirar, mucho menos hablar!, pensé para mis adentros.

La comida en Tuxtla me revitalizó, más cuando me comí una buena ración de cochito al horno, uno de mis platos favoritos cuando no estoy deshambreado. El miedo da hambre, ¡Me consta!

Seguimos el viaje rumbo a Arriaga, para abordar el tren y todo fue muy bueno, hasta que nuestro autobús empezó a a bajar el cerro de la Sepultura, en una carretera, que según cuenta la leyenda, la trazaron siguiendo a un burro, animal que busca lo menos accidentado para ascender. Se acepta la idea, cuando subes, pero de bajada, tal parece que estás descendiendo por un tobogán, simulando una tremenda escalera de caracol inmensamente larga. Mi angustia tras muchos minutos de desesperación se terminó cuando llegamos a la parte plana cerca de Arriaga. Entramos a la ciudad y el camión nos llevó a una cuadra de la vía. Me ayudaron a bajarme del alto estribo y comencé a caminar, sintiendo que algo extraño me jalaba y al llegar a la esquina comencé a sentir que el piso temblaba y se escuchaban como bufidos rítmicos. Levanté los ojos y me encontré con una cosa como dragón muy obscuro echando humo y bufando. No pude apreciar más porque fui arrastrado muchos metros, sin poder pararme hasta que mamá me pudo detener abrazándome hacia ella.

---¡Qué susto me diste, Jorgito!

---¡No me pude detener, sólo pude mantenerme parado!

---¡Es que estás tan flaquito, que literalmente el viento te arrastró tan fácilmente!

Me quiso llevar hacia el tren y opuse resistencia.

----No quiero ir ese monstruo nos va a devorar.

Me abrazó muy cariñosamente y comenzó con toda su paciencia a explicarme que era un tren, una máquina muy grande y fuerte, inventada por el hombre, que carga cientos de veces más cosas que un camión y puede transportar con gran facilidad en un viaje lo que harían más de cien.

Por fin entendí y me dejé llevar hasta donde se arremolinaba la gente desesperada, queriendo subir todos al mismo tiempo. En el intento de alzarme varias personas la ayudaron y terminé sentado en la entrada del vagón. Luego mi madre, mis abuelos y tío, tomaron asiento y me sentaron junto a una mujer morena.

---Que bonito güerito, yo me lo llevo pa'Juchitán ---dijo la dama de larga cabellera y falda --- recordé lo que me dijo la tía Elvira cuando supo que viajaríamos por el itsmo en tren:

"Cuídate de las juchas, Jorgito, porque te van a querer raptar". Como una gran rana salté y caí en el asiento de enfrente, ante la risa de los que presenciaron el hecho.

Me acomodé entre mis abuelos y mi mamá y no me despegué hasta cuando la mujer se bajó.

El monótono tracatracatrá tracatracatrá tracatracatrá, tracatracatrá de las ruedas saltando sobre los rieles, me adormecía a ratos o me alteraba, según mi estado de ánimo. En un momento dado de la madrugada se escuchó una voz a todo volumen: trasbordooo trasbordooo. Entre sueños percibí que estábamos cerca de puerto de Veracruz y muy tempranito alguien habló de los

grandes barcos y abrí los ojos distinguiendo a lo lejos, algunas gigantescas naves ancladas junto a un muelle.

Mi siguiente toma de conciencia la produjo una algarabía de personas que gritaban festivamente. Me asomé a una ventana y vi a los hermanos Narváez, integrantes de la la marimba Cuquita que corrían a la par del tren intentando subir y como íbamos lento lo lograron. Estábamos cruzando por un terreno plano lleno de zacate amarillento alto que brillaba con los rayos del sol

-----Ya estamos en la calzada de Tlalpan, muy cerca de la estación de trenes ---dijo Juventino.

Grandes abrazos y apapachos se dieron, bueno nos dimos los Narváez y nosotros. La plática generalizada se sostuvo hasta que saludamos a la dueña del nombre de la marimba, doña Cuquita a quien abracé con mucho cariño, recordando los momentos de plática, cuando al visitarla me invitaba a probar una de las delicias que preparaba para las botanas de la cantina de don Pedro, ubicada en la casota donde luego estuvo el Colegio Tepeyac, a unos metros del Palacio Municipal, pero hacia el Arco del Carmen y que estaba en mi paso para ir a los billares de Mamita y Papito, también casi en la esquina casa de las Licas, de por medio. Casa que resultó ser la residencia de Diego de Mazariegos.

Pero volviendo al viaje, luego del entre de saludos, abrazos y copas, nos instalamos en una casa en la calzada de Tlalpan, que nos permitía viajar en tranvía, porque pasaba enfrente. Así conocí el Zócalo, una gran explanada rodeada por la Catedral Metropolitana y el Palacio Nacional.

----Mira Jorgito---me señaló mi mamá con su índice derecho, y yo extasiado saqué la cabeza por la ventanilla y provoqué que la ventana de madera me diera en el coco y me hizo llorar mucho rato, pues el trancazo que recibí de lleno, fue de pronóstico reservado.

Como el clima estaba inclemente de frío y por no cubrirme bien me agarré una infección de las vías respiratorias, que en ese tiempo la significaban como pulmonía, bastante fuerte, por cierto, que me sacó de circulación el resto de las vacaciones. En ese forzado encierro me enteré que uno de los motivos del viaje, era para invitar a mí tío Mario, el hermano mayor de mi mamá, para que, cual hijo pródigo, regresara al hogar.

Lo curioso de todo es que mi memoria no registró nada del retorno a San Cristóbal de Las Casas, y sí tengo la imagen de Papito llevándome al kinder de la Merced dónde cursé mi último año para después entrar a la primaria.

A las seis de la mañana del siete de enero de 1947, inicié junto con mis abuelos Mamita y Papito, mi mami Atalita, y mi tío Chusín, una aventura que nos permitió llegar a la ciudad de México, para conocer lo más representativo de la capital de la República Mexicana.

Nuestro vehículo era una vagoneta ranchera que tenía aplicaciones de madera a los lados.

---Allí vienen los diez millones de pesos de Hernán Pedrero --- dijo don Adolfo Román, nuestro conductor, señalando el avión que pasó arriba.

---¿Cómo lo sabes compadre?---quiso saber Papito.

---Anoche en la XEW lo dijeron---explicó.

Ese detalle me sirvió de guía para fijar la fecha del inicio de nuestro azaroso viaje.

Recuerdo los saltos, curvas, subidas, bajadas y mucho polvo, y que desayunamos una carne salada con frijoles de la olla y café en Ixtapa, según decían, íbamos por por la carretera antigua . De ahí, al rato, entramos a la zona caliente y llegó el momento de quitarnos los suéteres que de inmediato nos amarramos a la cintura. No me impresionó mucho Chiapa de Corzo, como me pasó al llegar al arco de concreto, con sus grandes cables de acero sosteniendo la estructura de madera del puente colgante, gracias al cual podríamos cruzar por arriba, el impetuoso río Grijalva, ubicado 22 metros abajo.

Esperamos unos veinte minutos, para que cruzaran hacia nosotros un coche y un autobús, y los pasajeros de ambos vehículos pasaron caminando, escuchándose el rítmico bamboleo rechinante que producían al avanzar. Sentí un escalofrío que bajó de mi pecho hasta las pantorrillas y culminó con una sensacion de temblorina. Detalle que aún en estos tiempos me sigue sucediendo cuando veo todo lo que signifique altura

---Tu nieto va conmigo compadre Chus ----dijo don Adolfo y agradecí mentalmente su gesto ---no me gustaría que se nos fuera a caer.

Entramos al puente y los ruidos de las llantas sobre los tablones se mezclaban con el sonido que hacía juego con ese puente que se mecía semejando una gigantesca hamaca en pleno movimiento. Y conforme nos adentrábamos hacia la mitad, todo iba en aumento. Cerré va los ojos para ver si se calmaba algo, y sucedió lo contrario pues todo se intensificó.

---Respira lento y profundo, Jorgito ---la voz de don Adolfo la escuché como si estuviera dentro de un cántaro ---eso es, cuenta del uno al cinco y detienes el aire, contando del uno al cinco y vuelves a empesar. Me fui relajando conforme respiraba y desaparecieron de manera progresiva los sonidos, y el movimiento fue amainando paso a paso. Mi agonía tuvo fin cuando pisamos tierra firme y todos se subieron al vehículo.

---¿Cómo te fue con mi nieto, compadre?--- cuestionó Mamita.

---Muy valiente, el chamaco. Los felicito Atalita y queridos compadres. No profirió ni una sola palabra.

¡Si supieran que el miedo me acogotó tanto que no podía respirar, mucho menos hablar!, pensé para mis adentros.

La comida en Tuxtla me revitalizó, más cuando me comí una buena ración de cochito al horno, uno de mis platos favoritos cuando no estoy deshambreado. El miedo da hambre, ¡Me consta!

Seguimos el viaje rumbo a Arriaga, para abordar el tren y todo fue muy bueno, hasta que nuestro autobús empezó a a bajar el cerro de la Sepultura, en una carretera, que según cuenta la leyenda, la trazaron siguiendo a un burro, animal que busca lo menos accidentado para ascender. Se acepta la idea, cuando subes, pero de bajada, tal parece que estás descendiendo por un tobogán, simulando una tremenda escalera de caracol inmensamente larga. Mi angustia tras muchos minutos de desesperación se terminó cuando llegamos a la parte plana cerca de Arriaga. Entramos a la ciudad y el camión nos llevó a una cuadra de la vía. Me ayudaron a bajarme del alto estribo y comencé a caminar, sintiendo que algo extraño me jalaba y al llegar a la esquina comencé a sentir

que el piso temblaba y se escuchaban como bufidos rítmicos. Levanté los ojos y me encontré con una cosa como dragón muy obscuro echando humo y bufando. No pude apreciar más porque fui arrastrado muchos metros, sin poder pararme hasta que mamá me pudo detener abrazándome hacia ella.

---¡Qué susto me diste, Jorgito!

---¡No me pude detener, sólo pude mantenerme parado!

---¡Es que estás tan flaquito, que literalmente el viento te arrastró tan fácilmente!

Me quiso llevar hacia el tren y opuse resistencia.

----No quiero ir ese monstruo nos va a devorar.

Me abrazó muy cariñosamente y comenzó con toda su paciencia a explicarme que era un tren, una máquina muy grande y fuerte, inventada por el hombre, que carga cientos de veces más cosas que un camión y puede transportar con gran facilidad en un viaje lo que harían más de cien.

Por fin entendí y me dejé llevar hasta donde se arremolinaba la gente desesperada, queriendo subir todos al mismo tiempo. En el intento de alzarme varias personas la ayudaron y terminé sentado en la entrada del vagón. Luego mi madre, mis abuelos y tío, tomaron asiento y me sentaron junto a una mujer morena.

---Que bonito güerito, yo me lo llevo pa'Juchitán ---dijo la dama de larga cabellera y falda --- recordé lo que me dijo la tía Elvira cuando supo que viajaríamos por el itsmo en tren:

"Cuídate de las juchas, Jorgito, porque te van a querer raptar". Como una gran rana salté y caí en el asiento de enfrente, ante la risa de los que presenciaron el hecho.

Me acomodé entre mis abuelos y mi mamá y no me despegué hasta cuando la mujer se bajó.

El monótono tracatracatrá tracatracatrá tracatracatrá, tracatracatrá de las ruedas saltando sobre los rieles, me adormecía a ratos o me alteraba, según mi estado de ánimo. En un momento dado de la madrugada se escuchó una voz a todo volumen: trasbordooo trasbordooo. Entre sueños percibí que estábamos cerca de puerto de Veracruz y muy tempranito alguien habló de los grandes barcos y abrí los ojos distinguiendo a lo lejos, algunas gigantescas naves ancladas junto a un muelle.

Mi siguiente toma de conciencia la produjo una algarabía de personas que gritaban festivamente. Me asomé a una ventana y vi a los hermanos Narváez, integrantes de la la marimba Cuquita que corrían a la par del tren intentando subir y como íbamos lento lo lograron. Estábamos cruzando por un terreno plano lleno de zacate amarillento alto que brillaba con los rayos del sol

-----Ya estamos en la calzada de Tlalpan, muy cerca de la estación de trenes ---dijo Juventino.

Grandes abrazos y apapachos se dieron, bueno nos dimos los Narváez y nosotros. La plática generalizada se sostuvo hasta que saludamos a la dueña del nombre de la marimba, doña Cuquita a quien abracé con mucho cariño, recordando los momentos de plática, cuando al visitarla me invitaba a probar una de las delicias que preparaba para las botanas de la cantina de don Pedro, ubicada en la casota donde luego estuvo el Colegio Tepeyac, a unos metros del Palacio Municipal,

pero hacia el Arco del Carmen y que estaba en mi paso para ir a los billares de Mamita y Papito, también casi en la esquina casa de las Licas, de por medio. Casa que resultó ser la residencia de Diego de Mazariegos.

Pero volviendo al viaje, luego del entre de saludos, abrazos y copas, nos instalamos en una casa en la calzada de Tlalpan, que nos permitía viajar en tranvía, porque pasaba enfrente. Así conocí el Zócalo, una gran explanada rodeada por la Catedral Metropolitana y el Palacio Nacional.

----Mira Jorgito---me señaló mi mamá con su índice derecho, y yo extasiado saqué la cabeza por la ventanilla y provoqué que la ventana de madera me diera en el coco y me hizo llorar mucho rato, pues el trancazo que recibí de lleno, fue de pronóstico reservado.

Como el clima estaba inclemente de frío y por no cubrirme bien me agarré una infección de las vías respiratorias, que en ese tiempo la significaban como pulmonía, bastante fuerte, por cierto, que me sacó de circulación el resto de las vacaciones. En ese forzado encierro me enteré que uno de los motivos del viaje, era para invitar a mí tío Mario, el hermano mayor de mi mamá, para que, cual hijo pródigo, regresara al hogar.

Lo curioso de todo es que mi memoria no registró nada del retorno a San Cristóbal de Las Casas, y sí tengo la imagen de Papito llevándome al kinder de la Merced dónde cursé mi último año para después entrar a la primaria.